

SACCO Y VANZETTI

Hace justamente veinte años, el 23 de Agosto de 1927, fueron ejecutados en Boston Bartolomé Vanzetti y Nicolás Sacco, después de un proceso que duró siete años y que provocó enorme expectación en todo el mundo. Los motivos son conocidos: esos hombres fueron culpados de la ejecución de un asalto en que resultaron muertos el pagador de una fábrica y su acompañante. Durante el largo juicio, y a pesar de los esfuerzos de jueces y policías, no se pudo comprobar fehacientemente la culpabilidad de esos dos hombres. Pero el proceso, más que carácter netamente jurídico, alcanzó carácter político y de ahí que no obstante la falta de pruebas y en contra de la presión que se ejerció sobre jueces, fiscales, gobernadores, y aun sobre el mismo Presidente de la República, Sacco y Vanzetti fueron electrocutados.

"Jamás desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés al alrededor de un cadalso."

Estas palabras, escritas por José Martí a propósito del también célebre proceso de Chicago, rememorado anualmente por los obreros el día 1.º de Mayo, se pueden aplicar al caso de Sacco y Vanzetti, ya que ahí a través de la historia de la justicia norteamericana, una clara línea de terribles crímenes jurídico-sociales que empieza quizá con John Brown, sigue con personas y sus camaradas, toca las cabezas del pescadero Sacco y del zapatero Vanzetti, llega hasta los negros de Scotsboro y se extiende, Hacia el futuro, buscando nuevas víctimas.

— o —

Vanzetti y Sacco, anarquistas italianos, saciaron el deseo de venganza que experimentaba en aquel tiempo la burguesía del Estado de Massachusetts, sometida a una larga ola de huelgas y agitaciones obreras, así así como a algunos atentados -sabotaje- a la sagrada propiedad. Detenidos por sospechas en los momentos en que se dirigían a un mitin obrero, Bartolomé Vanzetti y Nicolás Sacco no pudieron soltarse ya de las garras de sus verdugos. Acusados de agitadores obreros, negaron tal acusación ; tenían mujer e hijos, nacidos en Estados Unidos y no querían exponerse a la deportación hacia una Italia en que el fascio

2

tenía tan buenos métodos como los norteamericanos para deshacerse de sus adversarios. Se les probó lo contrario, lo que era fácil, y de ello se aprovechó el procurador del Estado para asegurarse que "el hecho de que estos dos hombres hayan mentido tan descaradamente, siendo además desertores del ejército y comunistas, demuestra de modo luminoso la conciencia que tienen de su culpabilidad en el crimen que se les imputa."

O sea, el que podía negar ser agitador obrero, podía también negar ser criminal, y el que era lo uno ¿por qué no podía ser lo otro? La justicia de clases tiene agudos recursos.

Se formó en Boston un comité de defensa que sesionaba permanentemente, de día y de noche, y a través del mundo, en Buenos Aires y en París, en Sidney y en Madrid, se constituyeron organismos que agitaron la opinión pública en favor de los acusados. Los más altos escritos de la época, como Romain Rolland, Bernard Shaw, Wells y otros, pidieron clemencia y también la pidió la más alta cabeza científica de este siglo Albert Einstein. Alfred Dreyfus, que cosechaba todavía en su carne los recuerdos de sus cadenas, intercedió también. La poetisa norteamericana Edna Saint-Vincent Millay, gloria de New England, dirigió al gobernador de Massachusetts un ardiente llamado. Todo fue inútil: John Brown había sido ajusticiado, lo habían sido Parsons y sus camaradas y lo mismo ocurriría con los negros de Scotsboro; ¿por qué se iban a librar Vanzetti y Sacco? El día 23 de Agosto de 1927, en medio de la expectación mundial, el vendedor de pescado y el zapatero fueron electrocutados. La burguesía pudo dormir tranquila.

—o—

Hay una canción popular que recuerda a John Brown; la saben los niños de Estados Unidos y aun los de países de diferentes lenguas aunque la canten en inglés; las palabras de Parsons en el momento de ser ajusticiado: "Salud, oh tiempos en que la voz que váis a sofocar será más elocuente que cuantas palabras pudiera yo decir ahora", pertenecen a la historia del proletariado mundial. Sacco y Vanzetti dejaron también recuerdos imperecederos. Uno de ellos es la carta que Bartolomé Vanzetti escribió desde la cárcel a Dante Sacco, hijo de su compañero Dice:

"Mi querido Dante: Espero aún, y yo lucharé hasta el último momento para reivindicar nuestro derecho a la vida y a la libertad; pero todas las fuerzas del Estado, del dinero y de la reacción están contra noso-

3

tros porque somos libertarios. No te hablaré de esto, pues eres aún demasiado joven para comprender esas cosas y muchas otras que me agradaría explicarte. Pero crecerás y llegarás a comprender el proceso de tu padre y el mío, a causa del cual pronto nos llevará a la muerte.

"Quiero decirte todo lo que sé de tu padre: no es un criminal sino uno de los hombres más valientes que he conocido. Algún día comprenderás lo que ahora voy a decirte: Que tu padre ha sacrificado todo lo caro y sagrado al corazón y alma humanos por su fe en la libertad y en la justicia. Ese día te sentirás orgulloso de tu padre y si eres bastante valiente ocuparás su lugar en la lucha entre la tiranía y la libertad y vindicarás nuestros nombres y nuestra sangre.

"Si tenemos que morir ahora, sabrás, cuando seas capaz de comprender a fondo esta tragedia, cuán bueno y valiente ha sido tu padre, tu padre y yo, durante estos ocho años de lucha, penas, pasiones, angustias y agonías.

"Recuerda, Dante, que quien diga lo contrario de tu padre y de mí será un mentiroso e insultará la memoria de dos inocentes que han sido valientes durante su vida. Y recuerda y entérate también, Dante, que si tu padre y yo hubiésemos sido cobardes, hipócritas y renegados de nuestra fe, no hubiéramos sido condenados a muerte. Ni siquiera hubieran condenado a un perro o ejecutado a un escorpión venenoso con las pruebas que tenían contra nosotros. Hubieran permitido la revisión del proceso a un matricida o a un criminal con las pruebas que presentamos para ello."

Pero hay algo más. En una de las audiencias Vanzetti dirigió al juez Thayer una alocución que ha tenido un alto y extraño destino: el de ser considerada como un poema, y como tal fué incluida en la Antología de la moderna poesía norteamericana, editada por Selden Rodman. Dice:

He hablado mucho de mí
y he olvidado el nombre de Sacco.
Sacco es también, desde su infancia,
un obrero enamorado de su trabajo. . .
No ha pensado jamás en robar ni en asesinar,
y él y yo, desde los días de nuestra niñez
hasta ahora mismo, no nos hemos llevado jamás a la boca
una miga de pan que no fuese ganada con el sudor de nuestra
frente; jamás. . .
El nombre de Sacco vivirá aún en el corazón de los pueblos

4

y en su gratitud cuando los huesos del procurador Katzmann
y vuestros huesos sean dispersados por el tiempo,
cuando vuestro nombre, y su nombre, vuestras leyes, vuestras
instituciones
y vuestros falsos dioses no sean más que el triste recuerdo
de una época en que el hombre era un lobo para el hombre.
Si todo esto no hubiera ocurrido
habría podido vivir mi vida
hablando en las esquinas con seres humildes
y hubiese muerto sin relieve, desconocido, inadvertido;
pero ahora somos alguna cosa
y esto es nuestra vida y nuestro triunfo. Jamás,
a lo largo de nuestra vida,
hubiésemos podido esperar semejante preocupación
por la tolerancia, la justicia y el entendimiento humanos,
como la que hemos despertado entre los hombres, por accidente.
Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestros nombres, no valen
nada.

La ejecución de nuestras vidas
la de un buen zapatero y la de un humilde vendedor ambulante-
lo valen todo.
Este último momento nos pertenece.
Esta agonía es nuestro triunfo.

—o—

Cuando el escritor Robert Goffin, algunos años después
de la ejecución de Sacco y Vanzetti, visitó una escuela del
norte de Chicago, supo que los alumnos sabían de memoria las
siguientes frases del último requerimiento ^{que} de Vanzetti diri-
giera al gobernador de Massachusetts: "En principio aborre-
cemos la violencia, que constituye la forma más grosera de
la coacción y la autoridad. Estamos con Garibaldi, que decía:
Únicamente los esclavos tienen derecho a la violencia para
liberarse; sólo la violencia que libera es legítima y santa.
Antes de nuestro arresto hemos vivido doce años en este país
y hemos vivido trabajando, honestamente, sin actos de violencia.
La única violencia que ha sido perpetrada es la que ahora se
ejerce contra nosotros."

Bellas palabras, pero vanas palabras dirigidas a un hombre
que representaba la forma más grosera de la coacción y de la
autoridad.

1 DE MAYO 1947